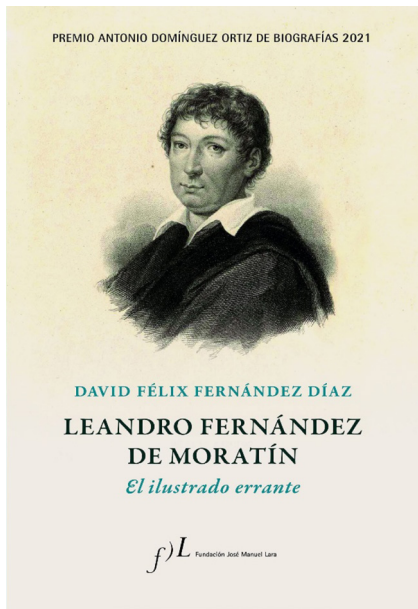


David Félix FERNÁNDEZ DÍAZ, *Leandro Fernández de Moratín. El ilustrado errante* (Premio Antonio Domínguez Ortiz de biografías 2021), Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2021, 277 págs.

Como es bien sabido, el proyecto secular de las Luces describió a su paso algunos claroscuros, no solo en España. Más reciente es el intento de poner el foco del relato histórico en la observación biográfica de los individuos significativos de la centuria, donde alguna de esas sombras adquiere aún mayor interés y profundidad. En sentido dispar a metodologías historiográficas anteriores, deudoras de una u otra forma de la idea de *gran historia*, en las últimas décadas se ha experimentado un auge en los estudios biográficos, que particularmente en el ámbito del hispanismo eran una asignatura pendiente.

Sorprende la relativa escasez de datos vitales que acompaña a algunos protagonistas de la Ilustración española y la ausencia de biografías solventes más allá de semblanzas o de estudios biográficos compuestos en auxilio del análisis histórico o de la crítica literaria o artística: la ausencia, esto es, de auténticas biografías, capaces de validar el ángulo individual como un punto de vista legítimo desde el que construir una visión de época. Llama la atención, en este sentido, que el primer gran promotor de la Ilustración hispánica, Benito Jerónimo Feijoo, siga sin disponer de una biografía fiable y escrita con arreglo a método, salvo que se pretenda considerar como tal el retrato literario publicado por Otero Pedrayo en 1972.

Un recuento somero de las biografías que jalonan la historiografía dieciochista avisa de algunas discordancias entre la representación pública y la persona. Los portadores de la corona cívica de la Ilustración ofrecieron a veces suertes y destinos personales, cuando no costumbres, opuestos al espíritu público que encarnaban. Medidos por ese rasero biográfico, algunos ejemplos de vida resultarían quizá contraproducentes como pedagogía de las reformas que abanderaban, pues no todos representaron la coherencia de Jovellanos, Goya o



Meléndez Valdés, quienes cuentan con las biografías escritas por José Miguel Caso González, Nigel Glendinning o Georges Demerson, en sus ejemplos más sobresalientes.

Parte del trabajo pendiente es, pues, el de completar los relieves de otras figuras secundarias y tanto o más complejas del siglo y descubrir a las personas que se ocultan bajo sus efigies. En este interés destaca sin duda Leandro Fernández de Moratín. Quizá sus aristas vitales son las que en parte alimentan el interés por el personaje, más allá de su obra. Ya Galdós sostenía que la vida de Moratín «es tan interesante como sus obras». Una vida de contradicciones no siempre ostensibles sino muchas veces privadas e íntimas pero que no por ello fueron vividas con hipocresía ni convierten en poco edificante el ejemplo moratiniano.

La nueva biografía de Moratín —el Moratín por excelencia, el hijo— escrita por David Félix Fernández Díaz, galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de biografías en su edición de 2021, es una magnífica muestra del atractivo vigente no solo de su teatro sino de su poliédrica figura. Esto a su vez justifica un creciente interés por sus escritos en prosa de carácter autobiográfico, como la correspondencia, el diario y otras memorias.

El libro de Fernández Díaz se ofrece a los lectores como una suma y balance crítico de los progresos en el estudio de la vida de Moratín. Esta es una humildad no del todo justa con sus méritos reales, pues el libro se eleva constantemente de la condición de simple estado de la cuestión. El autor, quien ya había publicado en 2015 el libro *Hermógenes contra Talía. Moratín en el teatro español (1828-1928)*, resultado de su tesis doctoral, se declara heredero de los trabajos de los grandes estudiosos de Moratín, Russell P. Sebold y René Andioc, al tiempo que se sitúa en el punto de partida dejado con la edición monumental de *Los Moratines* (2008) a cargo de Jesús Pérez Magallón y su posterior ensayo de clave política *Soñando caminos: Moratín y la nación imaginada* (2019). A ello se une el impulso básico que le habrían dado su maestro David T. Gies y Anna Caballé, última renovadora del género biográfico en España, junto a la pléyade de estudios biográficos moratinianos a cargo de Antonio Papell (1957), Guido Mancini (1969) o Fernando Doménech (2003), entre otros.

Pero el mérito del libro no se detiene en armar este puzle, lo que no sería poco; su gran virtud es la determinación con que se posiciona en el estricto género biográfico, sin constituirse en un relato secundario al servicio de la historia o de la crítica y sin limitarse a una insuficiente *biografía espiritual* a base de glosas de las propias obras del autor, como tantas veces vemos decaer los estudios biográficos. La obra se construye, así, como una narración articulada en breves trancos vitales que dan vivacidad a la lectura y cuyo conjunto se propone

ordenar no tanto la bibliografía sobre el autor como las piezas aún sueltas de su perfil biográfico: «Moratín ha sido una especie de apéndice metonímico del teatro neoclásico considerado como un bloque homogéneo, ordenado, sin fisuras. No obstante, en el plano corto es todavía un rompecabezas por ensamblar» (pág. 48). Para esta tarea, el autor aporta su síntesis interpretativa. Comienza, así, por dar todo su relieve a la relación entre Nicolás y Leandro Fernández de Moratín, en la que el hijo culmina y desagravia el incomprendido proyecto paterno de reforma teatral, al mismo tiempo que siente el morboso impulso de remedar al padre en sus desviaciones morales (¿un lascivo y gozoso desquite contra su época, contra su propio fracaso?); ello, sin entrar en especulaciones psicoanalíticas sino fundamentándose en documentos e índices seguros. A su vez, el precio personal que asumió por hacer triunfar su apellido —la adulación, la dependencia de Godoy, su afrancesamiento nunca redimido, su exilio resentido— es visto en una clave humana y personal antes que política. Por fin, Fernández Díaz sopesa el epistolario y el diario inacabado de Moratín, como no podría ser de otro modo, y da especial importancia a las memorias de sus tres viajes europeos, donde, libre de límites personales y favorecido de extraños, se acercó como nunca después a lo que quería para su país y quizá fue más él mismo: Francia, 1787; Francia-Inglaterra, 1792-1793; e Italia, 1794-1796.

A propósito del relato de su *Viaje a Italia*, Fernández Díaz da especial relieve a la reescritura de madurez organizada por Moratín, con la que descubre al autor en la elaboración de su *pacto autobiográfico*, con plena autoconciencia de lo que quería representar con su vida como tropo: el Moratín ya proveyo que borra al libertino, anticlerical, hedonista y prostibulario que fue; que expurga de su propio relato todo lo que lo recuerda como hijo del autor del *Arte de puitar* y podría alejarlo de ser el creador de *La comedia nueva* en el que deseaba trascender. Un autodiseño de la posteridad que cancelaba a la persona a favor del retrato, que borraba la vida para aportar la obra. Qué género más a propósito para interpretar debidamente esta circunstancia que la biografía.

En el debe de la obra solo puede anotarse un aspecto irreprochable al autor, quien ya avisa de que, salvo sorpresa, las fuentes documentales para la vida de Moratín están agotadas: es lo poco que se extiende sobre el amor de Moratín hacia Paquita (págs. 211-213), que atraviesa, decepción incluida, treinta años de su existencia y que parece que casi consiguió hacer olvidar una vida de ligereza en el campo sentimental. Quizá debe anotarse también la ausencia de un apartado bibliográfico final que ordene la valiosa «Bibliografía vital razonada» junto con el resto de referencias de y sobre Moratín que han ido apareciendo en el texto; así como algunos errores, lapsus y repeticiones puntuales en los primeros compases del libro (a menudo los últimos y más apremiantes a la hora de es-

cribir), que no consiguen deslucir una escritura muy esmerada, sino que harán más deseable y segura una futura edición corregida y actualizada de este libro. Comoquiera, el resultado ya es una obra ineludible en los estudios moratinianos y un valioso reflejo del medio y la época desde el prisma individual.

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ